

SAGRADA PASION

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



**D**ios mio!... Dios mio!... Qué horrible pesadilla!... Qué raras emociones me conmueven! Mis ojos se abren para recorrer con la incierta mirada de la locura un inmenso vacío de soledad y de tristeza; mi frente se contrae; los latidos de mi corazón son inarmónicos, desacompañados; la sangre que se agolpa á mi cabeza me produce el vértigo; un nudo de congojas aprieta mi garganta; me falta aire..... me ahogo..... mi cabeza se rinde, se debilita, flaquea..... ¡Qué angustias, Dios mio! Qué horrible pesadilla! No, no es sueño; es una funesta realidad. Allá vá... allá vá el fantasma que me aterra; cierro los ojos y le veo en el abismo de la oscuridad más gigante, más amenazador!... Es el fantasma de mis culpas!... Le veo y le veis vosotros: todos le vemos, imponente, soberbio, altivo; es obra nuestra, le hemos engendrado con nuestra ingratitud incalificable, con nuestro olvido de Dios.

Allá vá!... Sinistra su mirada ¡da miedo!; carbones encendidos son sus ojos; el fuego de unos rencores diabólicos ha quemado sus facciones que están negras, negras como la pez que alimenta las hogueras infernales; contrae la boca, esa boca que vomita un humo denso, densísimo, un humo que oscurece el sol, tiñe los cielos y empaña la atmósfera; rechina los dientes; envenena el aire con su aliento... Dios mio!... Dios mio!...

Allá vá..... lleva en las manos un arma!..... es un puñal envenenado! Se dirige á una montaña; en la montaña hay una cruz; en la cruz un hombre. El fantasma sigue su vertiginosa carrera..... llega al monte..... trasponé la vertiente..... sube á la cima..... Basta, basta, por Dios!..... ni un paso más!..... ni un paso más.....

Dios mío, no nos oye!..... Altanero, procaz, ébrio de ira, sigue..... sigue hasta los pies de la Cruz..... mira á aquel hombre, colocado en la afrenta del patíbulo por su voluntad, ¡por amor!..... le insulta, le escarnece, levanta el brazo....., blande el arma... Dios mío!... Dios mío!...

Fantasma infame: detente..., escucha..., no hieras... No hieras esos ojos que son la vida del sol. Si los hieres, los cielos vestirán luto; esa bóveda de azul purísimo, salpicada de juguetonas estrellas perderá su hermosura; envolverás entre sombras el festón de los arroyos, la verdura de los prados, las maravillas del iris...; hieres aquí, en estos ojos que se cerraron á los brillantes fulgores de la luz eterna para abrirse á las tinieblas del pecado. No hieras esa boca, á cuya palabra omnipotente prestó obediencia la nada, cuyos ecos sostienen vivo el fiat creador en las entrañas de la naturaleza...; hieres aquí, en esta boca que ha blasfemado de Dios, que ha escarnecido la virtud, que ha saludado á la impiedad. No hieras esas manos, cuya virtud poderosa arrancó maravillas y portentos al no ser; no hieras esas manos que derraman á torrentes las bendiciones, que esparcen á raudales las gracias, que siembran por doquiera la simiente fecunda de la vida y de la luz: hieres aquí, en estas que han abofeteado á Dios, pretendiendo arrojarle del pedestal inmovible de su gloria para entronizar allí la apoteosis de Lucifer. No toques esas plantas á las cuales sirve de pedestal la creación entera: hieres aquí, en las mias que han pisoteado la san-

gre preciosísima de Dios. Deja esa cabeza sagrada que iluminan los resplandores de la luz sin principio, que corona la divinidad: hieres aquí, en la mia, que se ha rendido ante la estatua del orgullo, que se ha inclinado ante la sonrisa engañadora del idolo caduco y percedero del placer. No toques ese pecho, templo de la verdad, alcázar de la majestad increada: hieres aquí, en este donde ha dormido el sueño horrible del crimen, la serpiente del pecado. Respeta ese corazón; ese corazón donde hierve un volcán de inenarrables amores, donde está encerrado el insondable abismo del amor de un Dios que ama con verdadera locura, con verdadero delirio, con verdadero frenesí. ¿Qué notas de armonía latirán en los quejidos del viento, ni en los suspiros del aura, ni en las cadencias de las fuentes, ni en los trinos de los pájaros, ni en las voces de los ángeles, ni en sus arpas, cuando deje de palpitár, ese corazón que es la fuente de todas las melodías?...; hieres aquí, en este que se ha separado de Dios para darse á las criaturas; como si hubiera nacido para la escoria de la tierra el que tiene hambre de Dios, sed de Dios y un vacío inmenso que solo Dios puede llenar. Hieres aquí!.... Si ha de vivir muerto para Dios, mejor es que no viva; si ha de vivir para matar al alma, mejor es que muera él!.... Hieres... hieres!....

El fantasma no nos escucha..... su brazo se dobla..... el arma cae...

¡Qué horror, Dios mío!!

Hermanos: mirad su obra. (Con el Crucifijo).

Pero ¿eres Tú, Señor? ¿Quién te ha puesto así? No te conocemos, Dios mío! Tú, el Dios de la verdad, ultrajado, escarnecido, vilpendiado por la mentira? Tú, la fuente de la misericordia, víctima de la injusticia? Tú, que eres la

vida de la vida, próximo á sucumbir bajo el golpe de la muerte? Tú, bálsamo para las llagas del alma, cubierto de heridas desde los pies á la cabeza? Pero ¿eres Tú? Quién ha desfigurado las facciones hermosísimas de tu rostro encantador, de este rostro que es el asiento de la hermosura, la hermosura misma?.... Estás frío!.... Frío Tú, mi Dios, Tú que comunicas calor á las almas, calor á la tierra, calor á los soles, calor á los mundos?.... frío Tú que eres el abismo del fuego de la caridad y del amor? Yo te toco, mi Dios, y hiela mis manos el frío sudor de la muerte que enfría tu cuerpo!.... Dios mío! Dios mío! Si no hay en Ti parte sana! Quién ha desgarrado de manera tan cruel estas carnes sacratísimas?; quién ha taladrado estas manos y estos pies?; quién loco! ha golpeado este amorosísimo corazón una vez y otra vez con el puñal deicida, sin estremecerse cuando salpicaba su rostro tu sangre redentora?.... Qué crimen! Qué infamia! Qué crueldad!....

Lo habeis oido, hermanos? No lo repitas, mi Dios, no lo repitas, porque no podremos resistir las angustias del remordimiento. VOSOTROS—ha dicho,—lo ha dicho con una voz debil, muy debil, con una voz llena de amargura, pero dulce, amorosa, celestial.

Nosotros! Por eso, Dios amante, caemos á tus plantas, humildes, anonadados, confundidos....

Aún vives..., aún respiras..., aún se muere este pecho..., todavía escucho los latidos casi apagados de este precioso corazón.... Vuelve á la vida, Dios mío! Qué haremos si Tu nos dejas? Huérfanos, solos, desamparados, ¿qué será de nosotros? Que caiga todo, que muera todo, que muramos nosotros, pero ¡vive Tú! Y si has de morir, si han de cumplirse las profecías, espera, espera un poco. Un instante más de vida para estos ojos....: dejalos, Bien mío, que nos vean, que nos vean á tus plantas, regando tus pies santísimos con el bálsamo de nuestras lágrimas; un instante

más de vida á estos oídos para que escuchen los gritos de dolor con que exclamamos:

Jesús..., cordero de Dios, que borras los pecados del mundo: perdón! perdón!....

Jesús..., cordero de Dios, que borras los pecados del mundo: ¡piedad!

¡Jesús..., cordero de Dios, que borras los pecados del mundo: Jesús..., mi Dios..., mi vida..., mi bien..., mi todo: ¡misericordia! misericordia! misericordia!.....

\*  
\*

Excelentes disposiciones para meditar la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Qué espectáculo tan grandioso! Presenciémosle con recogimiento profundo, llenos de asombro ante la sublime figura del Eterno Hijo, hincado de rodillas, elevando su espíritu al Eterno Padre, y llenos de admiración al considerar las circunstancias de esta admirable oración, la más íntima, la más sincera, la más grande, la más humilde de todas las oraciones: «Triste está mi alma» acaba de decir á sus discípulos y, devorado por esa misma tristeza, solo, sufriendo las horribles angustias de la desolación, va á comunicar á su Padre el estado de su espíritu para que el Padre le consuele. Es en vano! El crisol de la prueba tiene que abrir el camino á las congojas que le aguardan, y aquella humanidad sacratísima, abandonada á los dolores, tiembla, se estremece y caería para no levantarse más, si no la sostuviera una fuerza divina: la justicia de Dios que reclama más angustias, más penas, más sufrimientos. Acepta el cáliz de la amargura con estas frases encantadoras, perfectísimas, síntesis de la resignación: «Hágase tu voluntad». Este ha de ser nuestro deseo; así ha de ser nuestra oración: «Lo que Tu quieras, Dios mío: Dispones Tú que atraviese el desierto de la vida pisando flores, aspirando delicadas esencias, recreándome con las dulzuras de los honores? Pues eso quiero yo. Es tu voluntad que gotee sangre mi alma, desgarrada en todos los momentos con los garfios de la pena? ¿qué suba los escalones del Cielo con los dolores del martirio? Sea como Tu desees. Tu voluntad es la mía.

Todo se agolpa á la imaginación atormentada de Jesús: la pasión, la muerte, el crimen del pueblo judío, la ingratitude de los hombres y la apoteosis de la amargura crece, crece de un modo aterrador á los ojos de Nuestro Señor Jesucristo. Miradle: ¡qué agitado! gradúad su pena por la calidad de ese sudor que corre de su sagrado cuerpo: ¡suda sangre! Ay Dios mío: Ya has regado dos veces

la tierra con ese licor preciosísimo que regenera, que salva, que purifica!

Habéis oído? Pasos de gente..., gritos..., voces desacompañadas. Deteneos..., deteneos..... Cristo está orando! respetad los coloquios del Hijo con el Padre; no turbeis la contemplación divina; dejad á Dios.... Tú, que decidido te adelantas, ¿adonde vas? Pero si, pasa, te conocemos: eres discípulo suyo; quieres acompañarle. Con cuidado, que es sagrada la tierra que pisas; inclínate; recoge esa sangre.... béjala: nosotros la conservaremos como reliquia de inapreciable valor....

El discípulo le besa..., la muchedumbre que le sigue avanza.... avanza en actitud hostil.... Qué es esto? El discípulo le ha vendido! le ha vendido y para venderle ¡infame! ha manchado con sus labios las mejillas inmaculadas de Dios. ¡La muchedumbre cae en tierra! Es que el Augusto Martir ha pronunciado su nombre, y al nombre de Jesús toda rodilla se dobla. Los infelices asalariados recobran el sentido..., se acercan á Jesús..., le llenan de improperios..., le golpean y le atan.... Dios atado! Atadas esas manos soberanas que sostienen el peso de la creación! Desgraciados de nosotros!; queremos poner límites á la misericordia divina. No..., no... por piedad!; por piedad! rompéd las ligaduras; dejad libres esas manos venerandas para que se eleven al Cielo y desciendan sobre nuestras cabezas llenándonos de bendiciones.

Ya es tarde; ya le llevan. El Pontífice debe estudiar su causa. Que responda; que se justifique. Le acusan de impostor; que desmienta la impostura. Le acusan de soberbio; que demuestre su humildad. Abrios, omnipotentes labios: confundid la maledicencia de los hombres. Tienes palabras de vida eterna, Jesús mío: dílas..., dílas. Jesús responde que es pública su doctrina, que el pueblo la sabe,

que el pueblo conteste. Y el pueblo y nosotros nos llegamos á Dios, le arrojamos á nuestras plantas, pisoteamos su sangre, escupimos su rostro y abofeteamos sus mejillas!... ¿Os estremeceis? Cuántas veces se ha consumado este crimen!; cuántas veces hemos arrojado á Jesús de nuestro corazón!; cuántas veces le hemos escarnecido llenándole de insultos!; cuantas veces con estas manos sacrilegas, ciegos, feroces, hemos clavado ese corazón hasta desangrarle, hasta deshacerle... Perdón, ¡Dios mío!

Pilatos se rendirá á las exigencias del pueblo. No importa que Jesús sea inocente y sea justo; el pueblo le calumnia y pide que le azoten como á público malhechor. Y ¡le azotan! A torrentes brota la sangre; de sangre redentora se tiñen las varas de los verdugos, los rostros de los sayones, de sangre redentora se cubre el suelo.... Apartaos.... apartaos.... respetad esa sangre!.... Atrás!...., atrás!... ¡La pisan!.... Por Dios!.... por Dios! Sangre preciosa! sangre mil veces bendita! Dejadnos que la besemos!

Se ha dicho rey y van á coronarle; le tejen una corona de espinas. No se la pongais á Él que no la merece; colocadla sobre nuestras cabezas; nosotros la merecemos; somos reyes de la creación, pero hemos arrastrado por el ceno de la culpa los títulos de nuestra soberanía.... La corona ciñe las sienes del justo: unas espinas se parten, las otras parten los huesos y el pueblo pide más. Apretadla!—dice—pero no le mateis; que resista los tormentos que le esperan; que pueda subir hasta la cima del Calvario!....; queremos contemplar las convulsiones de una agonía lenta, para apagar esta sed que nos devora. > ¡Qué crueldad! Pobre Jesús!

Pilatos pretende enternecer al pueblo. Lleno de heridas, cubierto de sangre, coronado de espinas, vestido de

girones rojos, con un cetro de caña, presenta á Jesús en el balcón de su palacio: «He aquí al hombre; he aquí á vuestro rey.» La fiera tiene sed de sangre y cuanta más sangre le den más quiere; la fiera se ha propuesto devorar á Jesús y le devorará, aunque pretendan impedirlo todas las dificultades, todos los obstáculos, todas las leyes. «Sepárale de ahí,—grita—no queremos verle; que muera.... CRUCIFÍCALE! Nuestro rey Jesús? No tenemos otro rey que el oro, la ambición, el placer, la molición, la venganza; nuestro rey es nuestro capricho. Pero aunque sea rey, des-trozaremos su trono, arrojaremos por los suelos su corona, romperemos su manto, quebraremos su cetro, pasaremos el estandarte de la anarquía por los dominios de su reino. Es Rey? Pues.... ¡muera el Rey!....»

Es REY verdaderamente; REY de los siglos; REY de Cielos y tierra; á través de esa corona de espinas se deja ver la corona de la inmortalidad, de la majestad increada; esos pedazos de púrpura, ocultan el preciosísimo manto que colora el sol, que salpican las estrellas, que tiene por orla los mundos....; en esos ojos centellean los fulgores increados de la divinidad.... Es Dios! Es Dios! No importa!.... Muera Dios!

Quién ha pronunciado esa blasfemia? Otra vez os habéis estremecido? Esa blasfemia la hemos pronunciado nosotros en millares y millares de ocasiones cuando para dar entrada á la serpiente infernal, arrojábamos de nuestro pecho á Jesús, con las mismas imprecaciones que los judíos, sin tener en cuenta, ¡insensatos! que la saliva que se arroja al Cielo cae siempre sobre el rostro de quien la arroja.

Sin fuerzas, sin alientos, fatigado por el peso de la cruz y más rendido todavía por el peso infinitamente mayor de la ingratitud de los hombres, va el Cordero inma-

culado al lugar de su suplicio. La frente soberana toca el polvo de la tierra! Cuando el Dios omnipotente cae al suelo, el sol se rinde; los cielos se inclinan para adorarle; los ángeles tienden sus alas debajo del sacratísimo cuerpo de Jesús; la tierra se estremece al contacto de aquellas carnes purísimas; solo el hombre se burla de Dios y le golpea para que se levante..... Una mujer, débil, demacrada, personificación de la angustia y del tormento, tiende sus brazos para que sirvan de apoyo al que es el sostén inmovible de la creación. Es su madre! Es María! Con desgarradora mirada suplica clemencia para el inocente, pero los verdugos desprecian á María, la insultan, la maltratan. El sagrado dolor de Madre no los conmueve; redoblan las afrentas, redoblan los martirios. Ay, Señora! Qué intensidad tendria tu dolor! Tú, maravilla de la gracia, escarrecida, sirviendo de burla y de sarcasmo á unos hombres sin corazón!..

Tú, que pisas de rubi  
brillante, viviente alfombra,  
y besa el angel tu sombra  
si pasa cerca de tí. . . . .

Jesús ha venido al Gólgota como un cordero conducido á la muerte!... Le despojan de sus vestiduras y queda desnudo el que viste de hermosuras á los cielos, á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Es Rey y van á colocarle exalado sobre su trono: le clavan en la cruz y la cruz se levanta sobre la tierra como signo de redención universal. En la altura del santo madero brilla un título á las miradas de todo el mundo: JESUS NAZARENO REY. Rey de los ángeles, rey de los hombres, rey de las almas. El quiere ser el Rey de los corazones.

Aquí están los nuestros, Jesús, á tus plantas. Tú solo reina en ellos, que no busquen otra cosa que tu amor, que no vivan si no viven de Ti, por Ti y para Ti....

El sacrificio va á consumarse. Pero ¿es culpable Jesús? ¿es inocente? ¿cuál es la causa de su suplicio? Una palabra lo explica todo: los ecos de esa palabra resuenan en las alturas y en todos los ámbitos de la tierra: AMOR!.....

Todo por amor, Jesús mio: para santificar los latidos del corazón del hombre; para elevar á la categoría de divinos los pensamientos de la inteligencia, las aspiraciones del alma, formada esta por el soplo vivificador de tu aliento é iluminada aquella con los vivísimos resplandores de tu inteligencia creadora. Miente el mortal que no sigue tus doctrinas, que no se abisma en los mares infinitos de tu infinita caridad cuando pronuncia esa palabra: AMOR; esa palabra, inmortal poema que cantó la voz del Padre en el asombroso *fiat*; que cantaste Tú al rasgar los cielos para bajar á la tierra; que cantó tu Madre y nuestra Madre la purísima doncella de Nazaret, al balbucir, en medio de estremecimientos de cándida extrañeza, extrañeza que hizo sonreír á los cielos las dulcísimas palabras: *ecce ancilla*; el poema grandioso que has ido escribiendo en tu vida privada, en tu pasión cruelísima y que estás grabando en el árbol de la Cruz. Miente el hombre que no te ama! Tú eres el amor mismo, el amable por excelencia y el amante, el enamorado de los hombres. Mentira que haya amor fuera del amor de Jesucristo. Mentira que se ame sin amar á Dios. Mentira! Fuera de Ti, Jesús mio, no hay amor, como no hay verdad ni vida. ¡Tú eres la vida, el amor y la verdad. . . . .

Hermanos: Jesús inclina la cabeza....., va á exhalar el último suspiro..... ¡La agonía de Dios se presencia de rodillas. . . . .

Ya ha muerto!.. Nosotros somos los culpables! . . . . .

Los cielos, la tierra, los mares, las cosas todas, la creación entera, clama contra nosotros con un grito penetrante, terrible, amenazador:

Deicidas!.. Deicidas!..

*Dios nos perdone.*



*Fecit ergo Moyses serpentem aeneum, et posuit eum pro signo: quem cum percussi aspicerent sanabantur.*

Hizo pues Moisés una serpiente de bronce, y la puso por señal, y los heridos que la miraban eran curados.

NÚMEROS XXI, 9.

*Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini Nostri Jesu-Christi, in quo est salus, vita et resurrectio nostra.*

Nosotros, pues, debemos gloriarnos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en el cual está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección.

SAN PABLO Á LOS GALATAS, VI.

*O magnum pietatis opus! Mors mortua tunc est, in ligno quando mortua vita fuit.*

O grande obra de piedad! Entonces precisamente murió la misma muerte, cuando murió en el arbol de la Cruz el que era la vida misma, Cristo Jesús.

OFICIO DE LA SANTA CRUZ.—ÁNTIF. DE LAUDES.

*Beata, cujus brachiis praetium pependit saeculi, statera facta corporis tulitque praedam tartari.*

Dichoso arbol, en cuyas ramas estuvo pendiente el remedio del mundo; hecho fiel peso del Sacrosanto Cuerpo, y que lograste quitar sus despojos al infierno:

DEL HIMNO DE VISPERAS DE LA DOMINICA DE PASIÓN.

*Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per Crucem tuam redemisti mundum.*

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

OFICIO DE LA SANTA CRUZ.—VERS. Y RESP. DE LAUDES.

# LA SANTA CRUZ